

MERCEDES FISTEUS

DENTRO DE
DOS AÑOS



XXIV PREMIO DE NOVELA
ATENEO JOVEN DE SEVILLA

algaida

A solid black circle is positioned at the bottom center of the page, partially overlapping the text 'algaida'.

El jurado del los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Rafael Muñoz Zayas, Isabel Ojeda Cruz, Gervasio Posadas, Francisco Prior Balibrea, Nerea Riesco, Francisco Robles y Ángel Moliní Estrada (secretario). La novela *Dentro de dos años*, de Mercedes Fisteus, resultó ganadora del XXIV Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla.

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua
Fotografía de la autora: Jorge Collado Vellisco

© Mercedes Fisteus, 2019
© Algaida Editores, 2019
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-141-3
Depósito legal: SE. 1628-2019
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

La dama y el demente

I.	Verbouc	11
II.	Un sol desconocido	23
III.	Carga divina	30
IV.	Primeras erupciones	36
V.	Tras el pórtico	43
VI.	Una cómplice inesperada	56
VII.	La jabalina azul	66
VIII.	Acacio	74
IX.	La deserción del Demiurgo	83
X.	A orillas del río Frome	93
XI.	Guantes rosas	102

Por la Española

XII.	El león engallado	113
XIII.	Zorrezno	125
XIV.	Miradas furtivas	131

XV.	En calma de mar no creas	138
XVI.	Redoble de campanas.	145
XVII.	Escapar, huir.	157
XVIII.	Beso, fuego, agua, sangre	163
XIX.	Primera batalla	169
XX.	Sobre sí misma	179
XXI.	La brecha	186
XXII.	La limpieza	195
XXIII.	Reputación	201
XXIV.	Bailando entre mentiras	215
XXV.	Reunión de suicidas	225

LA DAMA Y EL DEMENTE

I. VERBOUC

CUANDO DICEN QUE EL TIEMPO SANA LAS HERIDAS, realmente se refieren a eso: a las heridas. Pero nadie habla de las cicatrices. El hombre aún no tenía valor para salir por la puerta delantera de la casa y observar las calles sin vida, el silencio atronador apenas interrumpido por el ganado. Pero tampoco tenía valor para seguir escondiendo su rostro tras el capote. Al mismo tiempo, rehuía la idea de escapar más allá de Boston, de irse a vivir más al norte e instaurarse en algún lugar de Chesapeake y empezar de nuevo. O quizás mucho más al sur, hasta que encontrara un lugar apropiado y protegido de ese horrible frío, que le calaba y entumecía aún en los meses estivales. Sin duda no era el frío de la estación, sino uno que llevaba por dentro y que casi le rompía los huesos, así que en el fondo no importaba adónde se fuera siempre que siguiera cargando con su losa.

Había vuelto a ese sitio y a pesar de los años que habían transcurrido, aún la aldea e incluso todo el condado

seguían respirando entrecortados ese aire sucio y pesado, que ya no les servía ni a las plantaciones. Era como si nada hubiera terminado de perecer todavía, como si aquellas porciones del mundo le pertenecieran para siempre a los fantasmas del pasado y al miedo que ellos traían.

Ni siquiera quedaba una sola persona a la que le siguiera agradando acercarse al mar, pues el olor del ya conocido como el «puerto más encantado de las Colonias» ya no era el mismo. Sus aguas arreciaban cansadas y pocas embarcaciones osaban llegar. La bahía había quedado tan sola como todo lo demás y ni siquiera la casa del Señor se llenaba ya con los muchos feligreses de antaño. En su cabeza, Stoughton se obligaba a recordar que estadísticamente hablando eso era así porque él había mandado a la horca a un gran porcentaje de los pueblerinos, mas escocía tanto el recuerdo que en sus horas más débiles había de repetirse, una y otra vez, que simplemente a la gente le costaba seguir los dogmas tras lo ocurrido. ¿Y cómo culparlos? Él nunca había dudado de la autoridad divina, pero todo aquello del deber de proseguir con una vida humilde y sumisa, confiando en que encontrarían todos el Perdón en Cristo, que la Fe les salvaría... eso no estaba perforando sus afectadas almas lo suficiente.

Incluso él dudaba de que el perdón le fuera a llegar así, y por eso precisamente iba andando hacia el bosque, que era el lugar más apartado que quedaba. Incluso con sus espectrales formas, con sus ramas como brazos estirándose y terminando en garras, seguía siendo el sitio donde todo parecía detenerse. Habitaba allí un aura extraña, como si fuera un anciano que lo había visto todo

sabiendo lo que ocurriría. Se sentía uno un poco ajeno a todo cuando sorteaba sus troncos, ramitas y piedras. Sin embargo, Stoughton se había recubierto de escarcha el corazón y ya nada le conmovía a abandonar su propósito. Con cuidado, eligió un claro en lo profundo de la arboleda y con parsimonia, fue desenrollando una gruesa soga que había llevado todo el camino alrededor de su brazo izquierdo, como la serpiente del Libro. En esos instantes algo muy curioso sucedía en su cabeza, como si se tratara de una reacción química: estaba en blanco. Sus manos se movían automáticamente, fruto de haber reflexionado muchas veces sobre cómo hacer aquello; fruto de haberse autoconvencido de que no había otra salida; fruto de tanto pensar que merecía irse ya al Infierno tanto como merecía seguir en él. Al fin y al cabo era verdad: existía un sitio entre las tinieblas reservado solo para él.

Con esfuerzo, eligió una de las ramas más fuertes y acercó una banqueta que se había traído. Si alguien lo hubiese visto en aquel momento, se hubiera impactado por el rostro de aquel suicida: un semblante impasible, indiferente, tan solo concentrado en ensogar y afianzar correctamente la maroma. Ni un rastro visible de miedo o sufrimiento, ni una sola lágrima dibujando rigurosos cauces en sus mejillas... nada, tan solo una imagen que escupía desagrado, abstención y sequedad.

Y aparte de sentirse impactado, cualquiera sentiría una ingrata resistencia a acercarse y evitar que siguiera con su empresa, pues algo intangible e intuitivo invitaba a desaparecer de la escena y no interrumpir a aquel hombre, que con tanto ahínco tiraba de la cuerda.

A pesar de esto, alguien irrumpió en el claro.

Era un anciano que también llevaba una cuerda. Parecía que se esforzara por hacer ruido con cada paso que daba, pues arrastraba sus pies sin importarle que la tierra entrara por sus chinelas, arrastrando uno de los extremos de la cuerda por el suelo al tiempo que esta hacía saltar la piedrilla. No paraba de toser y de recitar para sí lo que parecía una sarta interminable de maldiciones. Al juez su presencia le resultó de lo más incómoda e incluso desconsiderada, sobre todo al deducir que pensaba hacer lo mismo que él. Era como si estuviese usurpando un sitio que él había elegido expresa y anteriormente para algo tan privado y fundamental como quitarse la vida. Por un momento cesó su labor y clavó su mirada en ese intruso, que no le sonaba de nada y por otro lado parecía que no se había dado cuenta de la presencia de ambos en ese conflictivo claro. Con voz temblorosa, una voz que no había dirigido a otras personas en mucho tiempo, proyectó su reclamo:

—¡Buen hombre! —escucharse a sí mismo le produjo un escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

Nada más pronunciar la llamada, el otro sujeto se paró en saco y miró hacia delante, pues hasta entonces había mantenido su cabeza baja, acorde a la altura de su jorobada espalda. Así estuvo unos segundos, tras las cuales siguió merodeando. Pensando que quizá ese anciano podría reconocerle y tomarla contra él, el juez no se vio capaz de alzar su voz de nuevo. Así pues, con pasos indecisos decidió salvar la distancia que los separaba. Sin embargo, antes de que llegara hasta él, el intruso por fin le miró dando cuenta de su presencia. Al estar más cerca,

Stoughton pudo verle claramente las facciones extremadamente arrugadas y caídas, a través de las cuales no podía adivinarse si había sido o no agraciado. Más eso no fue lo que impresionó al juez, sino el intenso brillo que anidaba en sus ojillos, que le escrutaban de arriba abajo.

—¿Incordio? —fue lo único que respondió el anciano, con una voz extrañamente aguda y una pequeña sonrisa. Todo en él estaba resultando de lo más molesto, sí.

—Eso me temo —consiguió responder Stoughton, haciendo una ligera señal con su mano para enseñarle al otro su soga, prácticamente preparada. Se sorprendió a sí mismo respondiendo aquello, dado lo surrealista de la situación. Hasta ese punto llegaba el egoísmo humano.

—Vaya, entiendo... Escuchadme, solo os dejaré a vos primero si es su motivo más merecedor que el mío. —y entonces su mirada mutó en una mucho más sutil, que camuflaba severas intenciones.

Stoughton se quedó de piedra, como si de sus pies hubieran nacido enormes raíces que lo anclaran a esa tierra envenenada. ¿Acaso podían ponderarse unas causas vitales sobre otras, cuando ambas iban a llevarles al mismo sitio? ¿Si se lo decía, le reconocería? ¿Le mataría? Y antes de todo eso, ¿se atrevía él a contarle? No, definitivamente no. No podía su boca liberar toda la ignominia como si fuera una fábula. No había planeado ese momento con tanto cuidado para un cambio repentino de tal calibre. Lo estaba preparando todo para que fuera definitivo y así de la nada aparecía un viejo exigiéndole mostrar que su causa merecía una sentencia más rápida.

Sentencia.

Algo chirrió en su mente. El eco de todo aquello que tuviera que ver con ese pasado reverberaba en su cabeza de manera atroz, como si su yo de antaño estuviera aporreando sus paredes con el mazo, una y otra vez. Y no podía soportarlo.

Así las cosas, se giró y trató de olvidarse de que había alguien más allí.

—¡Oh vamos, buen hombre!

Buen hombre.

—¡No soy un buen hombre, maldita sea! Dejadme tranquilo. ¿Dónde se ha visto esto? No voy a contaros mi vida.

—Y sin embargo vais a terminar con ella delante de mí.

El juez se giró. ¿Es que se estaba presentando como un espectador? No tenía derecho a exigir el significado de algo que no estaba invitado a ver. A pesar de todo su mirada era tan intensa, tan interesada... qué diablos. No tenía más rabia en el cuerpo para enfrentar a una persona, todo lo que fuera que quedaba en su organismo había de reservarlo para penderse de la condenada cuerda.

—He matado a personas, a muchas. ¿Está bien? ¿Habéis hecho eso vos?

El viejo se rio. Y fue una risotada seca, tremendamente burlona, como si encerrara toda la bajeza en ella. Pero decidió no responder y seguir hurgando en la llaga.

—Y os arrepentís, ¿no es cierto?

—¡Cómo no!

—Bueno, como no érais un buen hombre... es de buen hombre arrepentirse, ¿no lo creéis así?

—¡No! No... no lo creo, no en mi caso. No he arreglado nada.

—Lleváis arrepentido mucho tiempo, ¿me equivoco?

—No os equivocáis... pero ya dejadme, os lo suplico.

—Mi nombre es Verbouc.

De repente el juez se encontró extraordinariamente cerca del otro hombre que se hacía llamar de esa forma tan extraña, con un nombre que sonaba totalmente francés pero sin la pronunciación debida. Al parecer, no se había dado cuenta de que él mismo había estado aproximándose al desconocido, lo que le resultó cuanto menos perturbador.

—¿Sois francés? ¿Acaso provenís de Maine?

¿Pero qué estaba haciendo? Ese forastero estaba logrando apartar sus pensamientos de su objetivo. ¿Cómo podía estar consiguiendo aquello?

—Bueno... he andado mucho —dijo en voz baja, atropellando las palabras y quitándoles importancia con su mano marchita—. Así que decís que no habéis podido arreglar nada...

—Oh... ¿Me dejaréis en paz?

—¿De verdad no habéis encontrado ninguna manera de restaurar vuestra triste y merecida situación?

Merecida.

—¿Os burláis de mí? He confesado que soy un asesino, ¿cómo arreglo lo ya hecho?

—Bueno... entiendo. Quizá debierais daros un último gusto personal antes de hacer uso de vuestra soga.

—¿Qué decís? Yo no merezco tal cosa, ¿en qué estáis pensando? ¿Os da lo mismo estar tratando con un asesino?

—Bueno, no me he imaginado siendo vuestra víctima en estas condiciones —rio. Su risa era muy desagradable, y lo peor es que le seguía una especie de eco roto—. Vamos, imaginaos restaurando las cosas, volviéndolas a su cauce... arreglándolo. Imaginadlo un momento, ¿cómo lo haríais? ¿Cuán fuerte es vuestro espíritu para imaginarlo? Medid vuestra ansia.

—¿Mi ansia?

—El ansia por volver atrás y cambiar las cosas. ¿Cuán intenso es vuestro arrepentimiento, cuán verdadero? Decidme... qué estaríais dispuesto a hacer.

Arrepentimiento.

—Yo... volvería atrás, sí. Ya lo creo que volvería. Pero esto no es darme un último gusto, señor mío, sino revolcarme más en mi sufrimiento.

—Bueno, puede que sea algo canalla, sí... —de nuevo rio—. Pero vamos, cerrad los ojos e imaginadlo, no penséis en lo falso de la invención. La cabeza es el único sitio donde podemos ser quienes queramos, quien verdaderamente anhelamos ser. ¿No lo creéis así?

—Lo creo... vaya.

Y como si el aire hubiese empezado a acunarle, el juez *sir* William Stoughton se imaginó siendo otro William Stoughton, uno que no hubiese echado todo a perder. Se imaginó de nuevo en aquel deshonroso tribunal, pero esta vez se vio defendiendo la inocencia de todos aquellos ultrajados rostros, se vio chillando a unas pobres crías que

ya era suficiente, se vio condecorado... se vio paseando libre por las calles llenas de energía, como si la savia de la Creación fluyese rápida por las arterias del mundo, nutriéndolo de vida y de Fe.

—¿Queréis que eso pase de verdad? Confirmadlo —oyó en la lejanía.

—Lo quisiera.

—¡Quisiera! ¡Decid que queréis! Vais a ir de este mundo, no sigáis sufriendo. —El viejo juez no notó cómo la ajada mano del forastero se cerraba sobre la suya.

—Quiero que eso pase.

—Contadme... ¿qué queréis que suceda, señor juez?

—Ni siquiera esa última palabra logró romper el extraño embeleso en el que se veía envuelto.

—Quiero... quiero volver atrás, a los tiempos de antes en Salem y decirles a todos que mienten. ¡Que se están alejando de Dios con la calumnia y el odio! Que yo no lo apruebo, que no les mando a morir —su voz terminó por quebrarse.

Hasta el viento pareció extinguirse por un momento, unos horribles segundos en los que un profundo silencio oprimió el corazón del juez. Cuando volvió a escuchar la voz que no era suya, abrió los ojos como quien despierta de una pesadilla en la que está cayendo al vacío. Mas al abrirlos y contemplar los clarísimos ojos de Verbouc, una sensación de vértigo le golpeó de manera brutal y notó cómo iba perdiendo su centro de gravedad. No se explicaba a qué se debía todo aquello, pues si bien nunca había expresado tal anhelo en voz alta, en el fondo siempre había reposado en su espíritu como un deseo sucio, im-

posible y hasta repugnante, como si fuera agua encharcada de la que no se pretende beber.

—Oh... yo puedo cumplir eso.

—¡Oh, viejo loco! —estalló el juez—. ¡Hemos de colgarnos a la vez, estoy pensando! Vuestro pecado ha debido de ser maltratar a los demás.

—Cuando yo llego, los demás ya se han maltratado bastante —gruñó el otro—. ¿Firmaríais ahora mismo, verdad?

—¿Firmar por qué, si puede saberse?

—¡Oh, cuántas facultades habéis perdido ya, señor juez! No me entendéis nada. Yo os digo que firmaríais ahora mismo encantado con tal de que yo os concediera eso.

—¡Claro que lo haría, pero vos sois un ingrato que en vuestra locura os creéis Dios! —no reparó en que le había llamado «juez»... en que sabía quién era.

—¡Dios! De eso nada. —Sus brillantes ojos refulgieron de nuevo y su mirada se tornó aún más demente. A todas luces el comentario le había irritado de verdad, lo que puso en guardia a Stoughton y le hizo pensar que sería mejor llevarle la corriente, pues no terminaba de quitárselo de encima.

—Está bien. ¿Queréis que firme? ¡Hasta en una hoja de abeto si hace falta!

La mirada de Verbouc volvió a cambiar y ahora se asemejaba más a la de un niño que viera satisfecho su capricho después de una rabieta. Definitivamente, y contra lo que al principio parecía, su carácter era de lo más alterable, lo que venía confirmando su inestabilidad.

—No será necesaria tanta parafernalia. ¿Qué me daríais a cambio si yo cumplierse vuestro deseo? Permitid que me ilusione yo también por última vez.

—¡Oh, qué sé yo! Conozco a mucha gente, ¿tenéis algún nieto que necesite padrino? ¡Ni siquiera le conozco!

—Nada, nada. ¡Os he pedido algo para mí, no para nadie más!

Mientras ese achacoso loco miraba hacia un lado con ojos de gato, el juez luchaba contra una impaciencia cada vez mayor. Ya era suficiente, se sentía exhausto de absolutamente todo, a punto de echarse a llorar. El malestar de su cuerpo, que no dolor físico, se estaba intensificando por momentos y las manos comenzaban a temblarle. No podía seguir prolongando algo que ya había perdido todo el sentido y dignidad. De nuevo estaba a punto de girarse e intentar volver hacia su árbol, cuando el viejo Verbouc exclamó con mirada triunfante:

—¡Vos! Os quiero a vos.

—¿A mí? ¿A qué os referís?

—Oh, bueno... miradme bien. Estoy hecho una zafra, un desperdicio... y ya os he dicho que he andado mucho. ¿Os parece que yo haya sido importante, que haya tenido gran cosa? Pues no. Mientras que vos, antes de vuestra decadencia por supuesto, habéis poseído patrimonio ¡y respeto! Y parecéis bastante sano dentro de lo que cabe. Si yo os enviara atrás en el tiempo y os brindara la oportunidad de hacer las cosas de otro modo, al final de todo me cobraría el favor con vuestra persona. ¡El viejo Verbouc tendría vuestro aspecto, sería el juez *sir*

William Stoughton, antiguo representante de la colonia, mano derecha del gobernador, autoridad indiscutible! ¡Para lo que restara!

Vaya... había estado jugando con él, le conocía de sobra. Pero todas esas palabras parecían definir a otra persona, pues no se identificaba para nada con su pasado cuando era contado con tanta admiración.

—Todo para vos —acertó a decir.

—Así sea, pues. Nos veremos, William.

De nuevo ese cambio en su mirada, en su voz. Había pronunciado su nombre como si le conociese de toda la vida, lo que le provocó un intenso estremecimiento. Con cuidado se giró y, finalmente, encaminó su marcha hacia aquella cuerda que colgaba esperándole. Se sentía observado y sabía que el viejo extranjero no se había movido, pero ya no había vuelta atrás.

—¿Os ayudo? —le oyó gritar, con esa desbaratada y falsa voz. Con repelús, Stoughton le correspondió a voces con su negativa más fiera.

Cuando por fin hubo anudado la cuerda alrededor de su cuello, apartó la banqueta que le servía de base con la puntilla del pie. El tirón fue tan fuerte que notó cómo su estómago ascendía, mientras sus ojos lloraban y sus piernas pataleaban enloquecidas. El dolor y la presión iban a hacer que vomitara o que estallara por dentro. Pero todo eso duró un solo segundo, tras el cual no quedó colgando sino que terminó de bruces en el suelo, con el rostro contra la tierra y totalmente retorcido.

Pero ya no era la tierra envenenada de la Witch Town la que le ensuciaba la cara.